

La Revista Periférica para el análisis de la cultura y el territorio en cada nueva edición se pone por objetivos tanto mantener su línea tradicional de reflexión y análisis en torno a la gestión y las políticas culturales, como al mismo tiempo realizar esfuerzos para encontrar formatos y contenidos nuevos. En este año hemos pretendido realizar una reflexión colectiva en torno a algún tema o asunto que nos haya parecido de interés para nuestros lectores. Por esa causa iniciamos una encuesta de repuesta abierta entre responsables y profesionales de la cultura en cualquiera de sus aspectos o formas. En esta primera edición el tema a tratar ha sido la Cooperación Cultural al Desarrollo. En los últimos años hemos asistido tanto a una eclosión como a un cierto decaimiento en referencia a la Cooperación Cultural al Desarrollo y por ello hemos pretendido contar con la opinión de personas de experiencia y que de alguna manera estuvieran ligadas a este campo, bien en la toma de decisiones, en la gestión de proyectos o como colaborador experto.

A las personas entrevistadas se les pidió que opinaran en no más de 10 a 20 líneas. Se les preguntó sobre si consideraban que estamos ante una crisis irreversible o de difícil solución de la Cooperación Cultural al Desarrollo, o si es un cambio de paradigma propiciado por los momentos de crisis y, por último, cómo veían el futuro respecto a este asunto. Cuestiones orientativas para que el entrevistado tuviese un punto de arranque sobre el que apoyarse. La libertad de respuesta era total con la única salvedad de la extensión como hemos indicado. De las veinte personas a las que enviamos nuestra propuesta, quince respondieron y por lo tanto en primer lugar nuestro agradecimiento a todas ellas. Comprendíamos que la limitación del espacio era un impedimento de cierto volumen ante un tema tan complejo, tan controvertido y situado en el ojo del huracán de la crisis con sus recortes presupuestarios.

Quizás lo primero que habría que reseñar en esto de la Cooperación Cultural al Desarrollo es el hecho de que a sus protagonistas, nuestros encuestados, no les agrada ni estar dirigidos, ni las jerarquías, ni entender la cooperación como una relación vertical o entre desiguales. Estamos ante agentes, variados en sus roles y niveles de protagonismo, que han asimilado la cooperación como un proceso creativo, democrático y que enriquece a los participantes en el mismo, sean quienes sean y con el protagonismo que les corresponda. Las alusiones a la necesidad de un modelo horizontal son constantes y muy frecuentes en casi todos ellos. Uno de los encuestados afirma directamente que «sí a una cooperación cultural

al desarrollo que se abra hacia lo horizontal, planteando un modelo que responda a tiempos tan híbridos como los que vivimos, donde generemos acciones a favor de una cultura sin centro ni periferia; una cultura de todos y para todos». Lo horizontal entendido tanto como una relación entre iguales, como una relación Sur-Sur y como una cooperación menos dependiente de avatares políticos o de crisis más o menos duraderas. En esta línea se deduce una aspiración a un cambio en el modelo de correlación con los poderes públicos, esencialmente con los estatales que han sido hasta el momento los promotores y mayores protagonistas en la cooperación internacional. Resulta paradójico que esta crisis actual, que de un lado está restringiendo los recursos públicos hacia la cooperación, esté siendo el detonante de un proceso reflexivo sobre cómo debe ser la propia cooperación cultural al desarrollo. Reflexión que probablemente es común a toda la cooperación al desarrollo, pero que en el caso de la de ámbito cultural se ve potenciada por el agravante que cara a la crisis supone todo lo apellidado como cultural. Esta reflexión se encamina, y así lo reconocen casi todos los encuestados, a la redefinición del modelo. Lo destacable es que esta redefinición pasa por el hecho de menos estado y más sociedad civil. Lo grave, lo problemático si se prefiere, es que la sociedad civil no tiene el asunto entre los prioritarios, otros problemas la acucian, ni tampoco se la ve sólidamente organizada y armada para encarar la cuestión. Existe otro agravante al respecto, desde posiciones ideológicas muy concretas se está tratando de desviar la captación de recursos a los ámbitos privados y empresariales mediante la doctrina de «lo público no lo puede todo y hay que apelar a la responsabilidad social de la empresa». Y la cuestión es que con toda probabilidad el mundo empresarial, salvo escasa excepciones, no tiene este tipo de cooperación entre sus objetivos o misiones más prioritarias. La paradoja reside pues en que la reflexión empuja a los agentes de la cooperación cultural al desarrollo hacia la sociedad civil y la empresa, pero ni ésta ni el mundo empresarial parecen estar interesados o preparados.

La reflexión nace de la evidencia de que la cooperación cultural al desarrollo pasa por momentos bajos y delicados. La tan nominada crisis con sus consecuencias, esencialmente las políticas de austeridad, han incidido negativamente en la cantidad de la cooperación. Se reconoce un período previo de crecimiento general e intenso que acaba en 2009, años más o año menos, y que ha contraído recursos y proyectos de una manera alarmante. Ese período de crecimiento se reconoce como rico, bien dotado, con numerosos proyectos aunque si es cierto que algunos tiende a destacar ciertos matices críticos. Así, por ejemplo, otro entrevistado señala que «esta importante reducción en el esfuerzo económico público puede achacarse a la crisis. Pero da más la sensación de que se está experimentando un verdadero cambio de modelo que afecta a la política de cooperación al desarrollo en general, aunque el mayor perjuicio lo haya sufrido la cultural. Esto último puede haberse debido a que el discurso teórico en el que se sustentaba la vinculación entre Cultura y Desarrollo no ha tenido un reflejo proporcional en resultados, debido al bajo nivel de ejecución de iniciativas en este periodo». Y quizás aquí esté una de las claves que conviene meditar, la relación entre cultura y desarrollo. Como señalan algunos el discurso de la cultura como motor de desarrollo se ha leído, sobre todo por los poderes públicos pero también por no pocos agentes del sector,

en unas claves excesivamente economicistas. Y así lo señala uno de nuestros encuestados, de sólida formación económica, cuando afirma que «la sociedad en general y los políticos en particular no llegan a comprender lo que se ha denominado como 'Plusvalías del Desarrollo' generadas a partir de los efectos e impactos de la cultura. Se sigue esperando un retorno económico de la inversión, o todo lo más, de un reconocimiento que beneficie la imagen de marca país, sin tener en cuenta los beneficios y repercusiones invisibles e intangibles generadas por la cultura, que van más en busca de los retornos sociales». Es evidente que este discurso de economía y desarrollo, que ha sido heredado de las políticas culturales en general, ha pasado a la cooperación con los mismos vicios. También con las virtudes que tenga, que las tiene.

Crisis, o conjunto de crisis como refieren algunos, discurso mal interpretado y cambio de paradigma constituyen la tríada en que se sustenta el diagnóstico que la gran mayoría de nuestros encuestados realizan sobre la situación actual del sector. Las recetas son otra cosa, lógico por otra parte si pensamos en la escasez de espacio para un tema tan amplio. No es posible más que sean apuntados algunos caminos, algunas estrategias, algunas posibles soluciones o salidas. Sin embargo se dan ciertas coincidencias que conviene resaltar. En primer lugar la revisión meditada del modelo actual en el sentido de en estos momentos «se abre una nueva forma de trabajo, en la que hay que pensar en agilizar métodos, fortalecer procesos y trabajar de forma coordinada con otros sectores». O sea no sólo un cambio metodológico sino además una ampliación del campo, una apertura a nuevas relaciones con otros ámbitos de la cooperación. Algo que si bien era evidente en la anterior etapa no se tomó en serio quizás debido a la abundancia de recursos. Por otra parte, se precisa de reforzar las prácticas como lobby de los agentes del sector y se afirma que «necesitaríamos crear un espacio de intercambio entre las distintas iniciativas que desarrollan su actividad en nuestro país, crear espacios para el conocimiento y para la colaboración mutua y sobre todo para intensificar el *lobby* de cara a instituciones y a políticas concretas, espacios donde individualmente poco se puede hacer». Una idea interesante es la que el nuevo paradigma debe superar no sólo la excesiva dependencia de los recursos públicos, sino que también debe alejarse de esquemas excesivamente privados o empresariales. Un modelo híbrido que uno de los encuestados llama «cooperación competente» y que se basa en una sociedad civil muy organizada, en explicar bien que cooperar en cultura no es lujo sino obligación y, por último, en la idea anterior de trabajar bajo una estructura de *lobby*. Hay quien opina, no sin base ni razón, que se «está creando un nuevo panorama de la cooperación cultural al desarrollo donde las iniciativas de los agentes, redes sociales y nuevos formatos de cooperación van a incidir en las nuevas prácticas y donde las estructuras de los Estados tendrán que resituarse, porque la interdependencia cada vez es más alta y no podemos vivir olvidando a los otros». En resumen se habla de nuevo papel de los agentes estatales (menos dirigistas), mas protagonismo de la sociedad civil (mejor organizada y con las ideas más claras) y compromiso empresarial (responsabilidad social) como posible nueva fórmula para revitalizar y dar a la cooperación cultural al desarrollo el papel que debe tener en el mundo actual. En rotundas y claras palabras de un cooperante entrevistado «la cooperación cultural no es otra

cosa que responsabilidad compartida para el bien común, para la transferencia de conocimiento, para el refuerzo de la conciencia social. Para dar sentido al mundo».

Gracias a los encuestados:

- Fernando Vicario. *Consultor y experto en cooperación*
- Darío Bernal. *Arqueólogo y profesor universitario. Universidad de Cádiz*
- Enrique Pablo Centella. *Director de la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional al Desarrollo (AACID)*
- Rafael Cantero. *Centro de Iniciativas para la Cooperación BATÁ*
- Javier Palacios González. *Coordinador General de la Secretaría General Técnica. Consejería de Justicia e Interior*
- Manuel Copete. *Cooperación Internacional Local*
- Pedro Canut Ledo. *MULTILATERAL, Asociación Aragonesa para la Cooperación Cultural*
- José Ramón Insa. *Cooperación Cultural Descentralizada*
- Salvador Carrasco. *Profesor universitario e investigador de Economía y Cultura. Universidad de Valencia*
- Juana Escudero. *Abogada y experta en políticas culturales*
- Eduard Miralles. *Gestor Cultural y experto en cooperación y políticas culturales*
- Abraham Martínez. *Gestor Cultural*
- José Ramos. *Arqueólogo y profesor universitario. Universidad de Cádiz*
- Alfons Martinell Sempere. *Director de la Càtedra UNESCO de Polítiques Culturals i Coopercació Universitat de Girona*
- Ángel Mestres. *Gestor Cultural. Director General de Trànsit Projectes*